

Domingo 18 De febrero De 2024

“Exhortación A Mantener La Santidad, Mediante La Consagración A Dios.

Lección: Números 6:6 al 11. Todo el tiempo que se aparte para Jehová, no se acercará a persona muerta. Ni aun por su padre ni por su madre, ni por su hermano ni por su hermana, podrá contaminarse cuando mueran; porque la consagración de su Dios tiene sobre su cabeza. Todo el tiempo de su nazareato, será santo para Jehová. Si alguno muriere súbitamente junto a él, su cabeza consagrada será contaminada; por tanto, el día de su purificación raerá su cabeza; al séptimo día la raerá. Y el día octavo traerá dos tórtolas o dos palominos al sacerdote, a la puerta del tabernáculo de reunión. Y el sacerdote ofrecerá el uno en expiación, y el otro en holocausto; y hará expiación de lo que pecó a causa del muerto, y santificará su cabeza en aquel día.

Comentario general 6:6-12: No es coincidencia que tanto el cabello de un nazareo como la diadema del sacerdote y el aceite para la unción fuesen llamados nezer, pues representaban la santidad tanto de un nazareo como la de un sumo sacerdote. En otras palabras, la santidad de un nazareo solo era comparable con la de un sumo sacerdote. Por eso, era grave la contaminación que pudiera contraer durante el periodo del voto. Particularmente seria era la contaminación por contacto con un cadáver. Mientras una persona cualquiera quedaba limpia por medio de diversos lavamientos (Nm. 19), eso era insuficiente para un nazareo, quien debía traer aves para una ofrenda encendida, un sacrificio por el pecado y el más caro de todos, un cordero para ofrecerlo por la culpa. Ese sacrificio se reservaba para infracciones graves contra la Ley de Dios. Por otra parte, el contacto con algo muerto contaminaba el cabello consagrado del nazareo, por lo cual debía cortarlo y no podía ofrecerlo sobre el altar. Esto no se debía a que la contaminación quedara “atrapada” en el cabello, como han dicho algunos comentaristas, sino porque era la “diadema (heb. nezer) de su Dios” (v. 7), el adorno de su condición de consagración a Dios.

En consecuencia, le era necesario comenzar de nuevo con su período de nazareato (6:9-12). No cabe duda de que el nazareo debía guardarse escrupulosamente de todo tipo de contaminaciones, no solo como un israelita cualquiera, sino como los sacerdotes.

El nazareo continuaba con las labores cotidianas de su vida, pero en la condición de una vida consagrada al Señor como era el ideal del llamado nacional de ser un reino de sacerdotes y gente santa (Ex. 19:5). De esa manera, por un período determinado su existencia se asemejaba a la vida santificada de los sacerdotes, aunque sin ejercer labores sacerdotales en el santuario. Tampoco representaba algún privilegio social en particular. Era un voto emprendido voluntariamente para crecer en santidad y servicio a Dios en medio de la vida ordinaria. En este sentido, podría decirse que personifica también la condición de vida de todo cristiano en la era de la Iglesia, aunque sin los requisitos externos del nazareato. Como oró nuestro Señor:

Juan 17:15-21 (RVC) (15) No ruego que los quites del mundo, sino que los protejas del mal. (16) Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. (17) Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. (18) Tal como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. (19) Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. (20) Pero no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, (21) para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

Mientras los sacerdotes debían asumir obligatoriamente estos requisitos de pureza como consecuencia de la herencia de su llamado ancestral, el nazareo emprendía voluntariamente “la idea de una vida sacerdotal, con su pureza y libertad de todas las contaminaciones de todo lo que tuviese relación con la muerte y la corrupción, una entrega personal a Dios extendiéndose más allá de los más profundos lazos terrenales...”. Por una parte, el nazareo llegaría a comprender y a honrar mucho mejor la vida de los sacerdotes de su pueblo. Por otra, los sacerdotes apreciarían la consagración voluntaria de algunos en el pueblo, refrescando en ellos la motivación para honrar su propio llamado.

Pensamiento: Separación contaminada (vv. 9-12). Nadie más que Dios puede controlar las circunstancias de la vida, y un nazareo puede ser contaminado accidentalmente. Si eso ocurría, tenía que esperar una semana y al séptimo día se afeitaba la cabeza. Dado que el período de dedicación había terminado repentinamente, y el cabello era el signo de esa dedicación, el cabello contaminado tenía que desaparecer. Sin embargo, el cabello recortado no se hizo parte del sacrificio como con los nazareos que habían completado sus votos (v. 18).

En el octavo día, el ex nazareo se reunió con el sacerdote en el altar de bronce y ofreció los sacrificios necesarios: un pájaro para una ofrenda por el pecado, un segundo pájaro para una ofrenda quemada y un cordero para una ofrenda de allanamiento. Esto permitió que la persona se dedicara nuevamente al Señor y comenzara de nuevo. Fue otra oportunidad para cumplir el voto hecho al Señor. Los creyentes de hoy deben darse cuenta de que ninguna falla debe ser permanente. El pastor presbiteriano Alexander Whyte (1837–1921) dijo: “La vida cristiana victoriosa es una serie de nuevos comienzos”.

Definición de nazareo: Heb. (nazareo)= apartado. Persona que hacía voto con Dios de ser apartado para Él, y se abstenía de beber vino, vinagre, sidra y no se cortaba el cabello, hasta concluir su voto. Números 6:2. No confundirlo con nazareno.

NAZAREO = «separado, consagrado (a Dios)» Hombre o mujer que era puesto aparte para Dios. El nazareato, institución hebrea probablemente muy antigua, fue reglamentado por la ley de Moisés (Nm. 6). El nazareo se consagraba a Dios por un período determinado, pero no se apartaba de la vida social. Su vida no era necesariamente ascética. La Ley prohibía al nazareo, durante la duración de su voto, consumir vino, bebidas fermentadas, y cualquier producto de la vid. Desde la época de los patriarcas nómadas, la vid simbolizaba la existencia sedentaria, la cultura, a las que uno podía entregarse, pero que alejaban de la simplicidad primitiva (véase JONADAB). En tanto que durara su consagración, el nazareo no debía cortarse el cabello: ello daba testimonio de que había consagrado su cuerpo y sus fuerzas al Dios que se lo había dado. Los cabellos largos eran un símbolo de poder y de abundante vitalidad (cfr. 2ª Samuel. 14:25-26). Cortarse la cabellera era una señal de duelo y de desolación (Jer 7:29; Is. 22:12; Mi. 1:16). Finalmente, estaba prohibido que el nazareo se contaminara tocando ningún cadáver, incluso si se trataba de un pariente próximo. Al final de su voto, el que lo había hecho se presentaba al sacerdote, ofrecía los sacrificios prescritos, se cortaba la cabellera, y la quemaba. Desde entonces podía beber vino (Nm. 6:1-21). Ciertos nazareos fueron consagrados desde su nacimiento, o incluso antes, y para su vida entera. Por ejemplo, Sansón (Juec. 13:4, 5), Samuel (1 S. 1:11, 28). Sansón infringió no sólo las normas del nazareato sino también otras. En la época de Amós había gentes perversas que inducían a los nazareos a que violaran su voto y a que bebieran vino (Am. 2:11-12). Después del retomo del exilio aumentó el número de nazareos (1 Mac 3:49; Guerras 2:15, 1). Juan el Bautista fue desde su nacimiento, consagrado al nazareato (Lc. 1:15). Es probable que la profetisa Ana hubiera hecho este voto (2236, 37%). Los amigos de Pablo le aconsejaron, según parece, que pagara los gastos involucrados en el fin del nazareato de cuatro hombres. Es así que se quería evitar cualquier motín que se pudiera provocar con su última visita a Jerusalén (Hch. 21:20-26). Las personas acomodadas subvenían en ocasiones los gastos que tenían que afrontar los nazareos pobres para la observancia de las prescripciones de la Ley.

Referencias Bíblica: Hebreos 10:10 al 22: En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos. Después de aquellos días, **dice el Señor:**

«Pondré mis leyes en sus corazones, Y en sus mentes las escribiré»,

añade:

«Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones».

Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado. Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.

«Y les dije: Vosotros estáis consagrados a Jehová, y son santos los utensilios, y la plata y el oro, ofrenda voluntaria a Jehová Dios de nuestros padres». (Edras 8.28).

«Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, icómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir» (2ª Pedro 3:11).

Texto: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional». (Romanos 12:1).

Ofrezcan todo su ser como sacrificio a Dios (12:1)

La frase "tomando en cuenta la misericordia de Dios," se remonta al énfasis de la misericordia de Dios en 11:30–36, pero en realidad resume los once capítulos sobre cómo Dios ha traído la salvación a la humanidad a través de la muerte de Cristo. Aunque Pablo menciona la misericordia de Dios solo en los capítulos 9–11, es la base de todo en Romanos. La gracia a menudo se define como "misericordia inmerecida", y el evangelio en sí mismo puede ser etiquetado como el resultado de la misericordia de Dios con los pecadores.

Nuestro compromiso total con Dios se basa en la totalidad de su misericordia hacia nosotros. Pablo expresa esto en imágenes de sacrificio, "ofrezca su cuerpo". El verbo "ofrecer... como sacrificio" a veces ha sido mal interpretado como una acción "una vez y para siempre". Esto ha contribuido a una visión de la salvación conocida como "segunda obra de gracia", que alienta a los creyentes a buscar una transformación espiritual inducida por la crisis que (como la conversión) ocurre solo una vez. Esto es erróneo.

Como infinitivo ("ofrecer"), este verbo toma su fuerza del verbo principal, el tiempo presente de "ruego", y es seguido por dos imperativos de tiempo presente en el versículo 2. Esto significa que no hay acción única en ella. En todo caso, tiene una fuerza reiterativa (repetida), nos exhorta a consagrarnos frecuentemente a Dios.

La fuerza metafórica de la imagen nos muestra el altar de Dios y a nosotros sometidos como un sacrificio para él. La imagen de esta palabra es frecuente en la Biblia, por ejemplo, "sacrificio de agradecimiento a Dios" (Salmo 50:14, 23); "Que suba a tu presencia mi plegaria como una ofrenda de incienso" (Sal 141:2); el "sacrificio de alabanza" (Hebreos

13:15); y **"sacrificios espirituales"** (1 Pedro 2:5). El contenido del sacrificio es **"su cuerpo"**, algunos piensan que es el cuerpo físico dedicado a Dios, pero probablemente se refiere a la persona de manera plena. Esto se ajusta mejor al contexto de la dedicación de cada aspecto de nuestro ser a Dios. Debemos ofrecer todas las áreas de nuestras vidas a Dios y dejar que nos infunda su Espíritu (v. 2) para poder capacitarnos para el servicio a él.

Hay tres aspectos de este sacrificio:

— 1. Es un **"sacrificio vivo"**, considera nuestra consagración no solo como un proceso dinámico y una fuerza continua sino también como un estado espiritual, una nueva **"vida"** en el Espíritu. Como en 6:3–6, morimos con Cristo y luego vivimos en el Espíritu. El sacrificio de nosotros mismos a la Trinidad divina es parte de ese acto dinámico.

— 2. Es **"santo"**, lo que significa que estamos totalmente consagrados a él, **"apartados"** del mundo y le pertenecemos completamente a Dios. Como sacrificio sagrado, hay un carácter sagrado en nuestro servicio a Dios y a su iglesia.

— 3. Es **"agradable a Dios"**, basándose en la imagen del sacrificio como la emisión de un **"aroma agradable"** para Dios (véase, por ejemplo, Éxodo 29:18, 25, 41; Lv 3:16; Nm 28:6) La idea es el placer divino, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo (2 Corintios 5:9, "Por eso nos empeñamos en agradarle"; también 2 Corintios 2:15; Efesios 5:10; Filipenses 4:18).

Cada uno de estos es un aspecto importante de la vida cristiana, y debemos esforzarnos siempre por vivir la nueva vida del Espíritu para que podamos ser apartados para él y así darle placer.

Al final de este versículo, este sacrificio completo que ofrecemos a Dios se define literalmente como "esa es la verdadera forma de adorarlo". Una gran cantidad de discusión se ha dado por el significado del griego *logikēn* (traducido como "verdadero y apropiado"). Era un término popular en la filosofía griega para un concepto que era lógico, basado en la verdad racional. Se utilizó en el judaísmo helenístico (por ejemplo, Filón) para combinar ambos elementos tanto espirituales como racionales de la adoración. Hay tres posibilidades principales: **"espiritual"** en el sentido de adoración adecuada y racional; "espiritual" en el sentido de la adoración del corazón; **"racional"** en el sentido de adoración lógica o razonable. Probablemente sea mejor combinar los lados **racionales y espirituales** y ver esto como un acto espiritual que es la única forma lógica de vivir la vida cristiana.

Toda nuestra vida debe considerarse un acto continuo de adoración. Dios es parte de todo lo que pensamos, decimos y hacemos, y lo celebramos en todo momento, es visto como un acto de servicio y deleite de su presencia. Latreia (adoración) es un término de culto o ritual que describe la experiencia de la adoración no solo en la comunidad sino también en la vida cotidiana. Este es especialmente el caso cuando etiquetamos este acto como "espiritual", combinando las ideas del pensamiento racional y la vida espiritual para describir la naturaleza "razonable" de servir a Dios en todo momento. Esto está estrechamente relacionado con la inauguración de la nueva era en Cristo, una era en la que la conducta diaria se representa como la vida espiritual de cada uno. La celebración colectiva de la adoración dominical se vive todos los días de la semana, y los dos aspectos son partes inseparables de un todo más amplio: servir a Dios en cada área de la vida.

1er Título: Alto valor que tiene lo vida consagrada a Dios. Versículos 6 y 7. Todo el tiempo que se aparte para Jehová, no se acercará a persona muerta. Ni aun por su padre ni por su madre, ni por su hermano ni por su hermana, podrá contaminarse cuando mueran; porque la consagración de su Dios tiene sobre su cabeza. **(Léase: San Lucas 14:26 y 27.** Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. — **San Mateo 19:29.** Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna).

Números 6:6-8

Por cuanto el nazareo llevaba la diadema de su Dios sobre su cabeza en el crecimiento de su cabello, y era santo al Señor durante todo el tiempo de su consagración, no debía acercarse a ningún muerto durante ese tiempo, ni siquiera para contaminarse por sus padres, o sus hermanos y hermanas, cuando murieran, según la ley establecida para el sumo sacerdote en Levítico 21:11. En consecuencia, como cuestión de rutina, debía guardarse muy escrupulosamente contra otras contaminaciones, no solo como los israelitas comunes, sino también como los sacerdotes. A la madre de Sansón tampoco se le permitió comer nada inmundo durante el período de su embarazo (Jueces 13:4, Jueces 13:7, Jueces 13:14).

Pensamiento: 6:9-12 El contacto con un cadáver, algo que podía suceder accidentalmente si un nazareo dormía en la misma tienda que un familiar anciano, provocaba su inmediata contaminación, y era preciso someterse a un proceso de repurificación, como se describe en estos vv. Las demás restricciones, relativas a la vid y al uso de la navaja, dependían exclusivamente de la voluntad del individuo, y el incumplimiento deliberado ponía fin a los votos de inmediato.

Comentario de Lucas 14: 26. Si alguno viene a mí y no odia a su padre y madre y esposa e hijos y hermanos y hermanas—sí, y aun su propia vida—no puede ser mi discípulo.

Hay una estrecha relación temática entre esta sección y la precedente:

En su viaje a Jerusalén a través de Perea, grandes multitudes siguen a Jesús. De repente él se vuelve hacia ellos y les habla con palabras que, en sustancia, aunque no exactamente, se encuentran también en Mt. 10:37. Dice a la gente que la devoción a él debe ser tan completa y de corazón que ni aun la lealtad a los padres y a los otros miembros de la familia debe interponerse.

Lo que ha molestado a mucha gente es la palabra *odiar* que Jesús usa aquí. ¿Quería decir realmente el Maestro que el verdadero discípulo debe sentir disgusto, debe detestar, aborrecer, odiar a su padre y madre, a su esposa e hijos, sus hermanos y hermanas?

Una buena norma para seguir es siempre esta: "Que la Escritura sea su propia intérprete". Hay que poner juntos los dos pasajes paralelos.

Comparación de Mateo 10:37 con Lucas 14:26

Mt. 10:37: El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí.

Versus:

Lc. 14:26. Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.

Por tanto, es claro que el sentido de *odiar* en el pasaje de Lucas es *amar menos*. En todas las cosas Cristo siempre debe tener la preeminencia (Col. 1:18).

Otros argumentos en apoyo de este punto de vista:

— a. La palabra *odiar* (o *aborrecer*) tiene el mismo sentido—amar menos—en Gn. 29:31, "Jehová vio que Lea era aborrecida". La explicación de "aborrecer" se da en el contexto inmediato, en el v. 30: "Jacob ... amaba a Raquel más que a Lea". En otras palabras, amaba a Lea menos que a Raquel. Fue en ese sentido que él "aborrecía" a Lea.

— b. La palabra *odiar* en Lc. 14:26 no puede tener el sentido que generalmente le atribuimos como resalta claramente del hecho de que Jesús nos dice que amemos aun a nuestros enemigos (Mt. 5:44). Entonces ciertamente debemos amar y no odiar a los miembros de nuestra familia inmediata.

Lo que el Salvador demanda en Lc. 14:26 y otros pasajes es la devoción completa, el tipo de lealtad que es tan verdadera e irreductible que cualquier otro afecto, aun el afecto hacia la vida misma de uno, debe estar sujeto a ella.

Cuando un extranjero quiere hacerse ciudadano de otro país, debe renunciar lealtad su tierra natal y debe jurar lealtad al país que ha elegido. Esto no significa que no puede seguir teniendo un alto concepto de la nación a la cual dijo Adiós, pero sí, significa que ahora debe servir a la nación que lo ha acogido. Aún más absoluta e incondicional debe ser la lealtad que los ciudadanos del reino de Dios sustentan hacia su patria celestial y su "Señor de señores y Rey de reyes". Si una persona no está dispuesta a dar esa devoción incondicional, entonces dice Jesús, "no puede ser mi discípulo". Esa misma expresión se encuentra también en el versículo siguiente:

[27]. Cualquiera que no toma su cruz y me sigue no puede ser mi discípulo. Cf. Mt. 10:38. Esta declaración negativa está implícita en su paralelo positivo encontrado en 9:23.

Mateo 29:19: La promesa general dirigida a todos los verdaderos seguidores del Señor se encuentra en el v. **29. Y todo el que ha dejado casas o hermanos o hermanas o padre o madre o hijos o campos por causa de mi nombre recibirá cien veces tanto, y heredará la vida eterna.** Compárese con esto 10:37. Esta promesa es para todos los que en esta vida han elegido a Cristo por sobre toda cosa y persona, aun por sobre sus parientes más cercanos y sus posesiones más preciosas. Ellos han hecho el sacrificio, dice Jesús, "por causa de mi nombre", explicado en Mr. 10:29 como que quiere decir "por mi causa". El nombre de Jesús indica a Jesús mismo como él se ha revelado a sí mismo. Véase también sobre 6:9; 7:22; 10:22, 41, 42; 12:21.

Estos leales seguidores del Señor van a recibir "cien veces tanto", es decir, se les reembolsará "mucho más" (Lc. 18:30). Acerca de "cien veces tanto", véase también Gn. 26:12 y Mt. 13:8. Aun en el día presente y en esta era (nótese Mr. 10:30; Lc. 18:30), esto es, antes del gran día del juicio, y para cada creyente antes de su muerte, estos leales seguidores reciben las bendiciones indicadas en pasajes tales como Pr. 15:16; 16:8; Mt. 7:7; Jn. 17:3; Ro. 8:26–39; Fil. 4:7; 1 Ti. 6:6; Heb. 6:19, 20; 10:34; 1 P. 1:8. A pesar de las persecuciones que tendrán que soportar, podrán disfrutar aun sus posesiones materiales ("casas ... tierras", Mr. 10:30), mucho más que lo que los impíos disfrutaban las suyas. ¿Razón? Véase Is. 26:3; contrástese con 48:22. ¿Por la causa de Cristo se ha hecho necesario que sus seguidores dejen a sus parientes cercanos? Ahora tendrán nuevos "parientes" (Mt. 12:46–50; Ro. 16:13; 1 Co. 4:15), porque ahora pertenecen a "la familia de Dios" (véase C.N.T. sobre Ef. 3:15).

Cuando Esaú se jacta de tener "bastante" o "mucho", Jacob—más bien "Israel"—responde que lo tiene "todo" o "todas las cosas" (Gn. 33:9–11 en el original hebreo y en la Septuaginta). Compárese con esto el radiante testimonio de Pablo (1 Co. 3:22, 23). Estos tesoros son reales. De otro modo, ¿cómo podremos explicar los triunfantes brotes de optimismo de Pablo (2 Co. 4:7–18; 12:9; Fil. 4:10–13)?

Jesús añade: "y heredará la vida eterna". El sentido aquí es que esta bendición corresponde a la "era venidera" (Mr. 10:30; Lc. 18:30). En cuanto al concepto "vida eterna", véase sobre el v. 16. Todas las bendiciones espirituales que son otorgadas a los hijos de Dios "en principio" en esta vida presente les serán dadas en "medida llena" en la vida venidera. En el día de la segunda venida de Cristo en gloria y después, se añadirán bendiciones materiales a las espirituales. Ellos las *heredarán*, implicando en este contexto que *a*. Se les dan gratuitamente, no son ganadas por ellos; *b*. el don está basado en la justicia: fueron ganadas *para* ellos y por lo tanto son de ellos por derecho; y *c*. son de ellos para siempre.

Jesús ha dado ricas promesas a los apóstoles y a creyentes en general. Ahora, ¿significa esto que las bendiciones prometidas les serán dadas sin importar cómo se conducen ellos mismos? De ningún modo. Es solamente en el camino de la confianza y la obediencia que los bienes prometidos se entregan a los hijos de Dios (Fil. 2:12, 13; 2 Ts. 2:13).

Cuando Pedro dijo: "Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué, pues, tendremos?" (v. 27), ¿fue su pregunta el producto de una curiosidad santa, o, aunque fuese en grado pequeño, de un espíritu mercantil? Es muy interesante la división de opiniones entre los expositores en su intento de responder esta pregunta. Algunos, en su deseo de defender a Pedro de toda acusación, van tan lejos como para decir que quienes desconfían de Pedro y sus motivos están juzgando a otros por sus propias normas éticas. Otros se van al extremo opuesto y consideran los dichos de Cristo, el relatado en el v. 30 y la parábola que sigue de inmediato (20:1-16), como algo que es inexplicable a menos que se tome en cuenta la motivación mundana de Pedro. Quizás el mejor procedimiento sea el siguiente: un hombre es inocente a menos que su culpa sea establecida por sobre toda duda razonable. En consecuencia, no tenemos derecho de acusar a Pedro de algo incorrecto. Por otra parte, también es verdad que su pregunta, aunque pura en su motivación, hubiera provocado la advertencia que se encuentra en el versículo que estamos por considerar. Jesús bien pudiera haber querido decir algo más o menos como lo siguiente: "Pedro, tu pregunta, '¿qué, pues, tendremos?' es correcta y apropiada. Sin embargo, puesto que es tan fácil caer en el error de esperar una recompensa basada en supuestos méritos, debo advertirte esto para que no seas tomado desprevenido". Además, ¿no es posible que la actitud indudablemente mercantil del joven rico (v. 16) pudiera haber hecho que Jesús hiciera una advertencia muy necesaria?

Referencias bíblicas: «Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes.» (Daniel 6.10). (Valor para consagrarse arriesgando su integridad física y espiritual).

«y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, más para vosotros de salvación; y esto de Dios.» (Filipenses 1:28).

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20).

2º Título: Conducta santa: requerimiento permanente de Dios. Versículo 8. Todo el tiempo de su nazareato, será santo para Jehová. (**Léase: Eclesiastés 9:8.** En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte unguento sobre tu cabeza. — **1ª de Pedro 1:15 y 16.** sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.).

Eclesiastés 9: En los vv. 7 al 10 tenemos una apreciación positiva de la vida, el disfrute de los bienes elementales, pero en su justa proporción. En cuanto queremos hacer un absoluto de ellos se transforman en aflicción de espíritu. Se ha señalado el paralelo de este pasaje con el poema de Gilgames: "Tú, Gilgames, llena tu vientre, alégrate día y noche. Haz cada día una fiesta de regocijo; baila y salta día y noche. Que tus vestidos estén limpios, tu cabeza lavada; báñate en agua. Presta atención al pequeño (niño) que tienes en tus manos. Que tu esposa se deleite en tu regazo. Porque esta es la tarea de la humanidad." No debe esto extrañarnos, dado el carácter universal de la literatura de sabiduría. *Porque tus obras ya son aceptables* (v. 7). Ibn Ezra entiende esta oscura declaración como:

"Porque estas son las cosas que Dios espera que hagas" (A. Cohen). Dios quiere que el hombre sea feliz. *Todo lo que venga a la mano para hacer* (v. 10), lo que nos brindan las oportunidades de la vida. Hay que recordar que bíblicamente el trabajo como realización del ser humano es anterior a la caída (Gén. 2:15). *Porque... a dónde vas, no hay obras, ni cuentas.* Como las obras de sabiduría, el Predicador también aprueba el trabajo como realización de la vida humana.

Comentario de 1ª Pedro 1:15-16: A continuación, el apóstol formula una exhortación. [15]. **Más bien, así como es santo quien los llamó, sean santos en todo lo que hagan.** Las palabras *más bien* introducen el aspecto positivo de este pasaje. Pedro informa a los lectores que Dios los ha llamado "de las tinieblas a su luz maravillosa" (2:9). Ahora son ellos los que han sido sacados del mundo; ellos son los escogidos (1:1-2; 2:9). En su amor electivo, Dios llama efectivamente a su pueblo a formar una nación santa (2:9). En suma, el llamamiento y la santidad son causa y efecto.

Dios llama a su pueblo a ser santo porque él mismo es santo. Entre las características de Dios, como él ha querido revelar, ninguna es más significativa que su santidad. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento hablan más de su santidad que de cualquier otro atributo de Dios.⁹⁶ El adjetivo descriptivo *santo* revela la pureza absoluta de Dios. Este adjetivo describe el estado y la acción del ser de Dios. Dios es sin pecado, no puede ser influenciado por ello, y en su santidad lo destruye.

Pedro ahora toma el concepto de la *santidad* y lo aplica a sus lectores: "Así como es santo quien los llamó, sean santos en todo lo que hagan". Dios llama a su pueblo a salir de un mundo de pecado para entrar en una vida de santidad; y espera que cualquier cosa que hagamos, digamos o pensemos sea santa. La confesión diaria del cristiano debe ser:

Que no haya parte del día o de la noche
que de lo sagrado esté exento. —Horacio Bonar

Cuando Pedro dice: "Así como es santo quien los llamó, sean santos en todo lo que hagan", espera que los creyentes sean imitadores de Dios en cuanto a la santidad. En su Sermón del Monte, Jesús presenta un mandamiento similar: "Sed

por lo tanto perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt. 5:48). Y en otra ocasión dice, al predicar: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lc. 6:36).

¿En qué se basa Pedro cuando exhorta los creyentes a evitar el pecado y esforzarse en la santidad? El abre las Escrituras y apela a la más alta autoridad. Ofrece confirmación de su enseñanza en las palabras dichas por Dios mismo.

Una confirmación

[16]. “Pues está escrito: “Sean” santos porque yo soy santo”. Cuando Jesús fue tentado por Satanás, desarmó al maligno con la fórmula *escrito está* y citas apropiadas de la Escritura (véase Mt. 4:4, 7, 10). Satanás reconoció la autoridad de la Palabra de Dios, aun hasta el punto de (mal) citarla para su propio propósito. Esa autoridad volvió a Satanás incapaz de hacer caer a Jesús. Por eso la palabra escrita demanda respeto y obediencia.

Pedro toma esta palabra escrita de Levítico 11:44–45. Apela a Levítico, porque este libro se ocupa del tema de la *santidad*. Levítico enseña que el pueblo de Dios debe ser santo, porque Dios es santo. En realidad, el adjetivo *santo* aparece con mayor frecuencia en Levítico que en cualquier otro libro de la Biblia.

“Sean santos, porque yo soy santo”. Para el creyente, la santidad no termina con el perdón y la limpieza del pecado, sino que comienza con una vida activa de oposición al pecado. El pecador debe luchar por vivir en obediencia a Dios, demostrando así el significado de la palabra *santo*.

Consideraciones doctrinales acerca de 1:14–16

En el mundo, la palabra *santo* se usa más como interjección que como término que evoca reverencia y temor. Pero en los círculos cristianos llamamos a Jerusalén “la ciudad santa”, a las Escrituras “la santa Biblia” y a los sacramentos “santo bautismo” y “santa cena”. Cuando usamos el adjetivo *santo* o *santa* para describir algo o alguien, reconocemos una relación directa entre Dios y esa persona o cosa.

Lo que llamamos santo nosotros dedicamos a Dios, porque lo consideramos puro y, en ciertos casos, hasta perfecto. Pero vacilamos en llamar santa a una persona, porque el pecado ha destruido la perfección, y el ser humano nunca alcanzará la perfección durante su vida en la tierra. Y sin embargo, la Biblia nos llama santos; es decir, somos hechos santos por medio de Jesucristo (p. ej., Hch. 20:32; 26:18; 1 Co. 6:11; Heb. 10:10). Como santos, recibimos el llamado de Dios a una vida santa (Ef. 4:22–24; Co. 3:9–10; 1 Ts. 5:23–24; 1 Jn. 3:3). Es por eso que, como hijos santificados de Dios, oramos haciendo la siguiente petición: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mt. 6:9).

Referencias bíblicas: «Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio» (Filipenses 1:27).

«¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre.» (Stgo. 3:13).

«Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza» (1ª Timoteo 4:12).

3er Título: Imprescindible limpieza, si nos hemos contaminado. Versículos 9 al 11. Y el día octavo traerá dos tórtolas o dos palominos al sacerdote, a la puerta del tabernáculo de reunión. Y el sacerdote ofrecerá el uno en expiación, y el otro en holocausto; y hará expiación de lo que pecó a causa del muerto, y santificará su cabeza en aquel día. (**Léase: 2ª a los Corintios 7:1.** En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno le sería al hombre no tocar mujer; **1º de Juan 1:9.** Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.)

Números 6:9-11

Pero si alguien moría repentinamente en un momento “por él” (עָלָיו, en su vecindario), y por lo tanto profanaba involuntariamente su cabeza consagrada, debía afeitarse la cabeza en el día de su purificación, es decir, en el séptimo día (véanse Números 19:11, Números 19:14, Números 19:16 y Números 19:19), no “porque tal impureza fuera atrapada y retenida más especialmente por el cabello”, como imagina Knobel, sino porque era la diadema de su Dios (Números 6:7), el ornamento de su condición, que fue santificado a Dios. Al octavo día, es decir, al día siguiente de la purificación legal, debía traer al sacerdote en el tabernáculo dos tórtolas o pichones de palomino, para hacer expiación por él (ver en Levítico 15:14). -15, Levítico 15:29., Números 14:30-31, y Números 12:8), por haber sido contaminado por un cadáver, al preparar uno como ofrenda por el pecado, y el otro como holocausto. -ofrecimiento; también debía “santificar su cabeza en ese mismo día”, es decir, consagrarla a Dios de nuevo, mediante el crecimiento libre de su cabello.

2ª de Corintios 7:1 Teniendo, por lo tanto, estas promesas, mis amados amigos, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, y perfeccionemos [nuestra] la santidad en el temor de Dios.

— a. «... por lo tanto, ... mis amados amigos». El contenido de este versículo encaja con el contenido de todo el pasaje anterior (vv. 14–18) y es una conclusión oportuna, como evidencia la expresión, *por lo tanto*. Este versículo se relaciona bien con el pasaje del 11–13, en el que Pablo habla de su amor por los corintios y, a su vez, pregunta si es correspondido. Por esta razón se dirige a sus lectores con su cariñoso *mis queridos hijos*, que en traducciones más antiguas se vierte como «amados», dando a entender que los amaba (véase 12:19).

— **b. «Teniendo ... estas promesas».** Pablo afirma que tanto él como sus lectores son los beneficiarios de las promesas de Dios (cf. 2 P. 1:4). Enfatiza estas promesas, en el texto griego, al colocar la palabra *estas* al principio de la frase. Es decir, las garantías que ha mencionado en los versículos anteriores, son de Dios. Y la palabra de Dios es absolutamente cierta y veraz. Él cumplirá lo que ha prometido.

— **c. «Limpiémonos».** Si las promesas son reales—y de hecho son—entonces es razonable que sus beneficiarios hagan el mayor esfuerzo posible por agradar al Dador de estas promesas. Por consiguiente, Pablo pronuncia una exhortación en la que se incluye a sí mismo y a sus colaboradores, para mostrar que ellos no están por encima de sus lectores: «Limpiémonos». Estas palabras son el claro reconocimiento, por parte de Pablo, de que él ha sido contaminado por el ambiente circundante del pecado.

La exhortación no significa que una sola limpieza nos mantiene limpios para siempre; sino que debemos purificarnos constantemente. Los Reformadores hablaban del arrepentimiento diario como una forma de progreso en nuestra santificación. En otro lugar Pablo escribe que los corintios estaban lavados, santificados y justificados (1 Co. 6:11); pero el proceso de santificación es continuo, dado que la naturaleza humana es proclive al pecado.

Cuando los judíos se encontraban en una condición ceremonialmente impura, tenían que lavarse cada vez que tocaban algo impuro, y ningún sacerdote o levita podía entrar en el tabernáculo o en el templo sin haberse lavado antes (Éx. 30:20-21). El mismo principio se aplica al pueblo de Dios, que cuando entran en su sagrada presencia, deben purificarse confesando sus pecados. Pablo admite que él no es mejor que los corintios; también necesita limpiarse y purificarse (cf. 1 Ts. 4:7; 1 Jn. 3:3).

— **d. «De toda contaminación de carne y de espíritu».** Queriendo incluir a toda clase de impurezas, Pablo decide usar el adjetivo *toda*. Aunque el sustantivo *contaminación* sólo aparece aquí en el Nuevo Testamento, el verbo *contaminar* aparece tres veces (1 Co. 8:7; Ap. 3:4; 14:4). Pablo recalca que la contaminación afecta tanto al cuerpo como al espíritu, es decir, a la persona en su totalidad. Si la contaminación se refiere al culto a los ídolos, entonces los que asistían a este tipo de cultos en los templos paganos, corrían el riesgo de contaminarse física y espiritualmente, ya que algunos de los ritos incluían a prostitutas. «El que se une a una prostituta se hace un solo cuerpo con ella» (1 Co. 6:16).

¿Qué tiene esto que ver con la iglesia de Corinto? Mucho, porque Pablo ya había preguntado antes en este mismo pasaje: «¿Qué acuerdo puede tener el templo de Dios con los ídolos? Porque nosotros somos templo del Dios viviente» (6:16). Los creyentes de Corinto son el templo de Dios; Él mora con ellos y hace real su presencia andando entre ellos. Por eso, las palabras que se usan en el versículo 1 (limpiémonos, contaminación, santidad), «proviene directamente de las imágenes literarias del templo». Dios es un Dios celoso que no tolera a otros dioses antes que él (Éx. 20:3-5; Dt. 5:7-9). La referencia de Pablo a la carne y al espíritu debe interpretarse como la referencia a una persona completa al servicio de Dios (véase el paralelo en 1 Co. 7:34).⁷⁰ Las palabras sugieren el significado de que una persona que es limpia en lo exterior, con respecto a la carne, y en lo interior, con respecto al espíritu, camina con Dios.

— **e. «Y perfeccionemos la santidad [nuestra] en el temor de Dios».** Esta cláusula resuena la exhortación de Pablo: «Limpiémonos de toda contaminación». Usa el participio griego, en tiempo presente, *epitelountes* (perfeccionar) como exhortación a sus lectores: «Esforcémonos por lograr una perfecta santidad». Pablo describía a los creyentes corintios como «santificados en Cristo Jesús» (1 Co. 1:2; cf. 1 Ts. 3:13), e indica que Dios los hizo santos por la obra de su Hijo. Pero la santificación sigue siendo un proceso continuado, en el que los creyentes deben esforzarse asiduamente por una completa santidad. Incluso dice cómo debe hacerse: «en el temor de Dios». El temor y la reverencia a Dios promueven la motivación para perfeccionar la santidad del creyente. En presencia de Dios Padre, sus hijos deben vivir en este mundo como si fueran extranjeros, «en reverente temor» (1 P. 1:17).

Nuestra relación con Dios debe poseer un genuino respeto y una profunda reverencia. Así como el Padre es santo, nosotros también, como hijos suyos, debemos reflejar su santidad en nuestras vidas.

1ª de Juan 1: 9. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo y nos perdonará nuestros pecados y nos purificará de toda injusticia. El escritor exhibe un típico paralelismo semita. El versículo 8 es paralelo al versículo 6, y el versículo 9 es una repetición parcial y una explicación más amplia del versículo 7. Dado su mensaje afirmativo, el versículo 9 es uno de los pasajes más conocidos de esta epístola y aun de todo el Nuevo Testamento.

— **b. Afirmación.** El texto consta de tres partes. La primera es la condición, la segunda la certeza y la tercera el cumplimiento.

“**Si confesamos nuestros pecados**”. Esta es la parte condicional de la oración que señala nuestro reconocimiento del pecado. Abierta y honestamente enfrentamos el pecado sin ocultarlo ni buscar excusas para el mismo. Confrontamos los pecados que hemos cometido, sin defendernos ni justificarnos. Confesamos nuestros pecados para demostrar arrepentimiento y renovación en nuestra vida. No se nos dice cuándo, dónde ni cómo confesar nuestros pecados, pero el arrepentimiento diario del pecado nos lleva a una confesión continua. Lo que Juan en realidad escribe es: “Si seguimos confesando nuestros pecados”. Escribe la palabra *pecados* (en plural) para indicar la magnitud de nuestras transgresiones.

“**Él es fiel y justo**”. Aquí tenemos la certeza. Dios es fiel a sus promesas. Es “un Dios fiel que no hace el mal, recto y justo es él” (Dt. 32:4). No nos regaña ni rechaza; no se impacienta; tampoco falta a su palabra. La única condición que Dios requiere para el perdón es que confesemos nuestros pecados. Fiel a las promesas hechas al pueblo de su nuevo pacto, Dios declara: “Perdonaré su maldad y no recordaré nunca más sus pecados” (Jer. 31:34, Heb. 8:12; 10:17).

“[El] nos perdonará nuestros pecados y nos purificará de toda injusticia”. Nótese el cumplimiento. Aunque los traductores ponen los verbos en tiempo futuro como si las acciones de perdonar y purificar tendrán lugar en el futuro, el texto griego dice que Dios en realidad perdona y purifica de una vez y para siempre. El primer verbo, *perdonar*, describe la acción de cancelar una deuda y restaurar al deudor. El segundo verbo, *limpiar*, se refiere a santificar al pecador perdonado de modo tal que queda tener comunión con Dios. Dios toma la iniciativa, puesto que nos dice: “Venid, razonemos juntos ... Aunque vuestros pecados son como la escarlata, serán tan blancos como la nieve; aunque son rojos como la púrpura, serán como la lana” (Is. 1:18).

Referencias Bíblicas: «¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?» (Hebreos 9:14.)

«pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.» (1ª Juan 1:7).

«Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.» (S. Juan 13:9).

Amén, para la honra y gloria de Dios.